

[Otras ediciones en: *Gallaecia* 7-8, 1984, 261-268 (también en A. Blanco Freijeiro, *Estudios de Arqueología gallega*, Pontevedra, Museo de Pontevedra, 1998, 441-450). Versión digital por cortesía de los herederos del autor, con la paginación original].

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

## El buey Apis en Iria Flavia (Padrón, La Coruña)

Antonio Blanco Freijeiro

[-261→]

A raíz de la conquista del noroeste peninsular tras las guerras del 27-19 a. C. la administración romana de aquel territorio se realiza desde tres poblaciones que ostentan el calificativo de augustas: *Bracara Augusta* (Braga), *Lucus Augusti* (Lugo) y *Asturica Augusta* (Astorga), llamadas a presidir durante toda la época romana sus respectivos conventos jurídicos. Cien años más tarde surge otra importante serie de núcleos urbanos, no necesariamente municipios, vinculados a la dinastía de los Flavios y que en prenda de este patrocinio ostentan el gentilicio de la familia imperial: *Aquae Flaviae* (Chaves), *Flavium Brigantium* y *Flavia Lambris* (por la parte de Coruña y Betanzos), *Bergidum Flavium* (Villafranca del Bierzo) e *Interamnium Flavium*, en la misma zona que el anterior. Finalmente, *Iria Flavia*, en las inmediaciones de la actual villa de Padrón.

No sabemos si por haber figurado un contingente ligur entre los aquí establecidos, o porque ya de antiguo existiese entre los naturales de la zona —los *Copori* de Ptolomeo (III, 6, 23)— algunos componentes de origen ligur, el caso fue que la población se llamó Iria de primer nombre, como su homónima de la Liguria alpina. La aventajada situación de que gozaba a la vera del mar de Arosa y en la confluencia de los valles del Sar y del Ulla, le otorgó una importancia a la que no sólo apuntan las tradiciones jacobeanas, sino que también evidencian algunas inscripciones romanas y otros vestigios arqueológicos<sup>1</sup>. Si en efecto fue así, un bastión de la romanidad inicial, era lógico que en ella se implantase la sede episcopal predecesora de la compostelana y que los primeros portadores de la nueva fe cristiana, no viniesen solos, sino en compañía de otros que como ellos —mercaderes, soldados, viajeros— aportaban las creencias y cultos orientales que en todas partes se disputaban el favor popular.

Las excavaciones arqueológicas que actualmente se llevan a cabo en la periferia de la Colegiata de Iria, con el propósito de aclarar el confuso panorama a que da lugar la continuidad de los enterramientos que allí se vienen produciendo desde los tiempos del imperio romano, han suministrado, como vamos a ver, algún estímulo para que la arqueología de Iria Flavia cobre renovada actualidad.

Sería de desear que la excavación se realizase con los medios pertinentes y por personal altamente cualificado, pues el yacimiento posee indudablemente una importancia capital para el estudio de la romanización y de los orígenes del cristianismo en Galicia, orígenes en los que está implicada la base misma de la tradición jacobea. Esperemos que esto llegue a hacerse así, y que no hayamos de conformarnos [-261→262-] con memorias extractadas, como la que acaba de darnos el Ministerio de Cultura y en la que leemos lo siguiente:

«Padrón. Iria Flavia.

«Se realizó un corte en la zona occidental del atrio de la iglesia de Santa María de Iria Flavia. La estratigrafía descrita por el director de las excavaciones (M. Chamoso Lamas) revela la siguiente secuencia cronológica: primera fase de ocupación romana, asociada a una construcción de sillares perfectamente escuadrados; ocupación tardo-romana, documentada tanto por restos de construcciones como por enterramientos de inhumación; sucesivas fases de ocupación medieval desde época suevica, hasta alcanzar un sustrato de destrucción atribuido a la invasión de Almanzor. Entre los mate-

---

<sup>1</sup> *CIL*, II, 2539-2541 y 5626-5632: M. Chamoso Lamas, «Noticia sobre la importancia arqueológica de Iria Flavia», *AEspA* 45-47 (1972-74) sigs.

riales arqueológicos cabe destacar una amplia serie de monedas acuñadas entre época republicana y tardorromana y una pequeña escultura votiva de un torito, hallada en los estratos tardorromanos»<sup>2</sup>.

La «pequeña escultura votiva de un torito» nos llamó la atención al verla en una fotografía publicada por el diario «La Voz de Galicia»<sup>3</sup> y de ella damos aquí el dibujo de la fig. 1, a falta de mejor ilustración. Nos gustaría también poder decir de dónde y cómo salió de la tierra, pero de momento habremos de conformarnos con saber que de «los estratos tardorromanos».

#### EL TORITO DE IRIA Y SUS PARIENTES

Muy a principios del siglo actual, una de las eminencias de la Arqueología germánica, Adolf Furtwängler, publicaba en los *Bonner Jahrbücher* un artículo sobre bronce romano-egipcios, en el que entraba en materia con unas palabras que nos van a ahorrar la descripción del torito acabado de aparecer en Iria Flavia (fig. 1):

«Hay en las colecciones públicas y privadas de estatuillas de bronce antiguas una gran cantidad de figuras que representan a un toro joven, y lo hacen así en el estilo de la plenitud de la época grecorromana. El joven y poderoso bruto es representado al paso y por lo regular con uno de los brazos levantado. Toda su actitud es de arrogancia, empezando por la cabeza erguida, que suele volverse hacia un lado. Los cuernos son aún muy cortos, como exponente de la juventud del animal. Las formas de la cabeza, y del cuerpo todo, son sobremanera compactas y poderosas: la papada de abundantes pliegues, que baja de la quijada al cuello y de aquí al pecho, está muy desarrollada. El morrillo es de potente contextura. La cola suele estar levantada y su borla descansar a un lado de la grupa. El conjunto ofrece una magnífica estampa de orgullosa bravura...»<sup>4</sup>

La clasificación minuciosa de cuantos ejemplares tuvo conocimiento permitiría a Furtwängler observar otro rasgo común a varios de ellos: un agujerito circular en el [-262→263-] occipucio, destinado en apariencia a la clavija de algo que allí se aplicaba: la mitra del toro de sacrificio, la doble hacha de Júpiter Doliqueno o algo por estilo. Ejemplos en que este orificio no está obturado y es bien visible los tenemos en nuestras figuras 2,B y 4,C. En algún que otro caso, como el del torito del Museo Británico, fig. 2,A, en lugar del orificio se encuentra un creciente lunar, con las puntas hacia arriba, no como pieza que ajuste, sino formando cuerpo con el testuz. Esto ocurre precisamente en ejemplares de dimensiones y calidad inferiores a las de los primeros, lo que hace barruntar que la mayoría de éstos llevaba también una media luna, que por ser probablemente de metal precioso (plata o incluso oro) habría desaparecido. El indicio bastaba, siempre según el criterio de Furtwängler, para considerar al torito como efigie del dios Apis. El estilo de la figura, sin embargo, claramente helenístico-romano, no guarda relación alguna con el del prototipo egipcio del Apis tradicional y milenario.

#### EL APIS EGIPCIO

Era éste según las innumerables versiones que de él conocemos, un becerro que camina tranquilamente, con sus cuatro patas apoyadas en el suelo y que se autodefine como Apis por llevar entre las astas el disco solar y el prótomo de la serpiente sagrada de los egipcios: la naja, cobra o áspid de Cleopatra. Apis era para los egipcios una divinidad taumomorfa cuyos orígenes se perdían en la noche de los tiempos (aunque hoy sepamos que las divinidades zoomorfas provienen de la asignación de cualidades y atributos de animales a dioses originariamente antropomorfos). Su existencia como dios-toro está documentada ya en el reinado de Hor-Aha, el primero, o uno de los primeros faraones, lo que equivale a decir, en los albores del Egipto histórico. Esa remota antigüedad lo hacía simpático y respetable a los ojos de los romanos, incluso de los que en las capas altas de la sociedad tenían gustos arcaizantes como los del emperador Adriano. Por contar con estas simpatías universales, el culto de Apis se mantuvo hasta tiempos de Juliano el Apóstata, en las postrimerías del mundo antiguo.

<sup>2</sup> *Arqueología 81, Memoria de las actuaciones programadas en el año 1981*, Madrid 1982, págs. 97.

<sup>3</sup> *La Voz de Galicia*, viernes 10 de septiembre de 1982.

<sup>4</sup> A. Furtwängler, «Römische-ägyptische Bronzen», *BonnJb.* 107 (1901) 37; Id. *Kleine Schriften II*, 1913, 361 sigs.

Los egipcios de Menfis conservaban y exhibían un toro vivo como encarnación de Apis. El último ejemplar de la serie, de los centenares de ellos que a lo largo de los siglos residieron en el santuario menfita de Ptah, dejó de existir en el año 362 de nuestra era, penúltimo del reinado de Juliano <sup>5</sup>. Para ser reconocido como Apis, el toro tenía que ostentar ciertas señales: un lunar en forma de buitre de alas desplegadas y algunas otras que las estatuillas fabricadas en Egipto se cuidan muy bien de puntualizar. Plinio asegura que el flanco derecho debía estar adornado de un lunar en forma de creciente: *insigne ei in dextro latere candicans macula cornibus lunae crescere incipientis*. También Eliano menciona esa mancha como signo distintivo.

A partir del Imperio Nuevo, por lo menos, el toro seleccionado en Menfis como encarnación de Apis fue equiparado al Atón de Heliópolis, la gran divinidad solar, y dotado por ello del disco del astro rey. Aparte llevar una vida regalada, como [-263→264-] cumplía al dios de quien pasaba por encarnación, el Apis de Menfis era sepultado a su muerte en un más que digno mausoleo coronado por un monumento honorífico. Las tumbas de este tipo conocidas en la actualidad alcanzan desde el reinado de Amenofis III hasta el del último de los Ptolomeos.

### EL APIS GRECORROMANO

Pero ya en época de los Ptolomeos y cuando los romanos tuvieron conocimiento de él, Apis se había fusionado con Osiris, el dios egipcio de ultratumba, para dar lugar a Serapis, la deidad principal de Alejandría y genio tutelar de la dinastía lágida. Para honrar debidamente a este su numen protector, a quien ellos equiparaban al terrible Hades de su religión ancestral, los griegos de Alejandría hicieron venir de Asia como imagen de culto y para que presidiese el «Serapeion» de la nueva capital de Egipto, la estatua crisoelefantina, de tamaño colosal, del Hades de Briaxis, obra maestra de la escultura griega del siglo de Alejandro. Así fue como Serapis adquirió la apariencia física de un Zeus griego (nunca tuvo parecido alguno con el Osiris del Egipto clásico), protector y salvador del género humano. Este será el dios sotérico que, acompañado de su esposa Isis, se difunda más tarde por el imperio romano.

Con ellos penetrará también en todos los países, sobre todo en los de las fronteras del *limes*, donde acampan los soldados creyentes y practicantes de su culto, la figura del toro, algunas veces a la egipcia, según más arriba la hemos descrito, pero las más de ellas según la versión clásica a la que el torito de Iria pertenece <sup>6</sup>. Pero ahora se tratará ya de una divinidad menor, pues sus esencias escatológicas han sido asumidas por Serapis, supeditada como *theós sýnnaos* a Isis y al propio Serapis. Así lo delatan el exvoto de Colonia con inscripción *Isidi* <sup>7</sup>, el mosaico del Serapeum de Ostia <sup>8</sup> y la propia Ara de Guadix, del Museo Arqueológico de Sevilla <sup>9</sup>.

Pero si las estatuillas egipcias de Apis, portadoras del disco solar entre los cuernos, tenían tan lengua y bien fundada tradición iconográfica, ¿por qué en el mundo helenístico-romano no se difundió aquella versión, sino esta otra que pudiera parecer heterodoxa, por cuanto reemplazaba al astro diurno por el nocturno? Por lo pronto, por la sencilla razón de que los griegos nunca creyeron que el sol fuese un disco, cosa que en cambio pensaban de la luna, de modo que no tendría nada de particular que desde un principio interpretasen como luna el disco que veían entre los cuernos del Apis. Para reafirmarles en esta interpretación pudo servir de ayuda la noticia de que los egipcios requerían que entre las manchas de la piel de Apis hubiese una en forma de creciente lunar, como se echaba de ver en sus estatuas y estatuillas. Como quiera que fuese, las monedas de Menfis de época romana, no [-264→265-] conformes con representar a Apis con el creciente entre los cuernos, ponen en el campo, como motivo de fondo, la media luna en el cielo, como si el animal tuviese también en Egipto, y no sólo en Grecia y Roma, algunas concomitancias con la luna. Un hombre tan picado de curiosidad por

<sup>5</sup> M. J. Vermaseren, *Die orientalischen Religionen im Römerreich*, Leiden 1981, 177.

<sup>6</sup> Sobre ambas versiones cf. G.J.F. Kater-Sibbes-M.J. Vermaseren, *Apis I. The Monuments of the Hellenistic-Roman Period from Egypt*, Leiden, Brill, 1975: Idem-Idem, *Apis II. Monuments from outside Egypt*, Leiden 1975.

<sup>7</sup> *Apis* II, 350.

<sup>8</sup> *Apis* II, 293.

<sup>9</sup> A. García Bellido, *Las esculturas romanas de España y de Portugal*, Madrid, 1949, n.º 397. lám. 281.

estas cosas como Plutarco, se cuida de anotar que la génesis de Apis se produjo por medio de un rayo de luna que fecundó a la vaca que había de ser su madre <sup>10</sup>.

Tras darle muchas vueltas al asunto, Furtwängler llegó a la conclusión de que así debía de haber sucedido, esto es, que los griegos interpretaron como luna el disco que vieron en las efigies de Apis, y que a la hora de adoptarla, dieron al motivo la forma de lúnula. Entre otros argumentos aducibles en pro de que ello fue así, se podría aducir un paralelo muy expresivo: lo mismo ocurrió con las estatuillas de Isis Hathor que empezaron estando coronadas por el disco entre los cuernos de vaca, para terminar por estarlo con el creciente.

Así pues, ocurrió con el toro lo que con Serapis: que su iconografía se amoldó al gusto greco-romano en todos sus extremos. Esta remodelación formal pudo verificarse en el siglo I a. C., si no antes, cuando aparece en los monumentos (v. gr. en el Altar de Domicio Ahenobarbo, hacia 40 a. C.) el toro pesado y de gran alzada que yergue y ladea la cabeza, un animal de carne como los actuales *charolais* y *hertfordshires* («telesforos», según pronuncian la palabreja nuestros campesinos de la Baja Andalucía). En los paralelos que aquí damos (figs. 3-4), dibujados a plumilla a partir de fotografías por la diestra mano de nuestro discípulo, don Javier Sánchez Palencia, se echa de ver la excelente calidad de los ejemplares más selectos empezando por el Landesmuseum de Bonn, procedente de *Augusta Treverorum* (fig. 3), cuyo estilo invita a datarlo en el siglo II. Su gallarda figura permite barruntar la maestría y el naturalismo del original de que se derivan él y sus congéneres. Incluso un experto en el ramo —Furtwängler lo era en escultura, pero no en ganadería— podría dilucidar si se trata, en efecto, de un animal muy joven, como el sabio alemán creía, o de un adulto plenamente desarrollado, pero de una raza de cuernos cortos. Este tipo de ancha cabeza de velludo testuz se empleó mucho en la arquitectura romana como prótomo de ménsula, aunque no sabemos (sería interesante averiguar si en algún caso era así) si también como representación de Apis. Sea como fuere, es de recordar un magnífico ejemplar de este género de ménsulas existente en el Museo de Mérida <sup>11</sup>, que a uno no le repugnaría imaginar en un templo de los dioses egipcios. Es curioso observar entre este coloso de Mérida y la estatuilla de Bonn una serie de coincidencias formales, como es la doble hilera de mechones que corona el lanudo testuz. Ello corrobora la atribución de una y otra pieza al siglo II o incluso I, si el foro de Mérida, de donde la ménsula proviene, fue terminado en época flavia.

La mayor parte de las otras estatuillas cuya procedencia se conoce han aparecido en Italia y en las provincias de las fronteras del Rin y del Danubio, donde se hallaban acantonados grandes contingentes de tropa. Y aunque por lo regular no se conozcan ni el sitio preciso ni las circunstancias de los hallazgos, no hay motivo para [-265→266-] creer que el tipo de estatuilla dejase de estar en boga mientras en Egipto se mantuvo vigente la conservación y veneración del Apis vivo, como sabemos ocurrió hasta el 362.

Las variantes que se observan entre unas y otras estatuillas —variantes formales y no sólo diferencias de calidad— revelan que los artistas se movían con gran libertad dentro de la conveniencia de respetar los signos que caracterizaban al torito; la media luna, los cuernos cortos, la actitud arrogante, la cola levantada sobre la grupa, etc. Pero que ni aun en esto se observaba una norma fija, lo revela el ejemplar de la fig. 2-A, que presenta la cola caída pese a estar caracterizado como Apis por la media luna.

La estatuilla de Iria Flavia es hasta ahora, y por lo que sabemos, única en toda la Península Ibérica. Dentro de su menudez y de su modestia, constituye un indicio, no por minúsculo desdeñable, de la presencia en Galicia de personas adictas a uno de los cultos orientales más difundidos por el Imperio Romano. Tal vez si no apareciese tan cerca de Santiago, y precisamente en la población adonde según la tradición jacobea fue llevado el cuerpo del apóstol Santiago y establecida la sede episcopal precursora de la compostelana, no llamaría tanto la atención: pues lo que como testigo posible de una religión —la de los dioses egipcios— representa, es muy poco en comparación con otros. En efecto: desde que está plenamente comprobado el relieve que el culto de Serapis alcanzó en la antigua *Gallaecia*, los hallazgos de este tipo no hacen más que confirmar lo ya conocido. El gran santuario ru-

<sup>10</sup> Plut., *de Is. et Osir.* 43.

<sup>11</sup> A. García y Bellido, *op. cit.*, pág. 429, n.º 435, lám. 309. Otros ejemplares de calidad inferior han aparecido en nuestra península, en Carteya, Belo y Pax Iulia)

pestre de Panoias, término de Vila Real, en la provincia portuguesa de Tras-os-Montes, era lugar de culto a la diosa de la muerte (cuyo nombre aparece inscrito con la palabra griega *Moirá*) a todos los dioses y diosas, sin especificar nombres, y a todos los númenes de los «lapiteas» (probablemente el pueblo que tenía el santuario en su territorio: si la palabra *lapitearum* no es, como cree el prof. Juan Gil, una mala lectura de *lapideam aram*); pero amén de todos estos, y probablemente por encima de todos ellos, pues es el único dios citado expresamente por su nombre, a Serapis.

«Al altísimo Serapis» —*hypsisto Serapidi*— dice la inscripción grabada en la roca en lengua y caracteres griegos, como era natural en un culto donde el griego era la lengua litúrgica <sup>12</sup>.

Observando en el mapa de García y Bellido la distribución de los testimonios del culto a Serapis (los de mayor entidad son el templo de Ampurias, donde por tratarse de un establecimiento griego era por demás natural que un culto alejandrino echase pronto raíces, y este santuario galaico de Panoias), parece como si la principal vía de penetración hubiese sido la Vía de la Plata, es decir, la calzada que de Mérida llevaba a Astorga. Por ella pudo subir hasta el extremo noroeste el torito de Iria Flavia con todo lo que puede llevar implícito. Cabría también, naturalmente, pensar en la vía marítima, como la que siguió en su traslación el cuerpo del Apóstol. [-266→ilustraciones-]

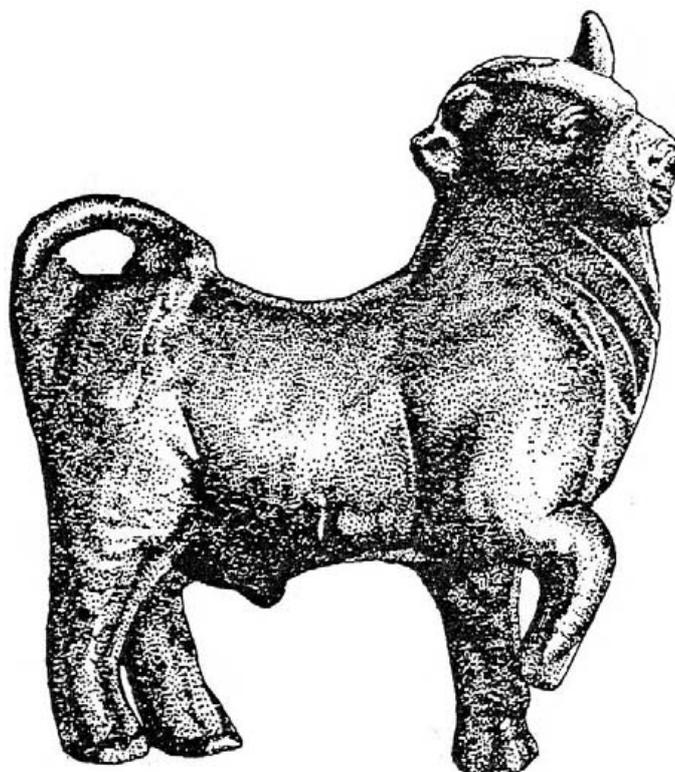


Fig. 1. Toro de bronce de Iria Flavia. Santiago de Compostela, Museo de las Peregrinaciones. Tamaño, poco más que el natural.

<sup>12</sup> Sobre todo ello véase A. García y Bellido, «El culto a Serapis en la Península Ibérica», *BRAH* 139 (1956) 293 ss.



Fig. 2. Estatuillas de bronce de Apis. A) en el Museo Británico (altura 0,105 m.) B) en la Biblioteca Nacional de París, de la colección Oppermann (altura 0,083). De ambas se ignora el lugar del hallazgo.

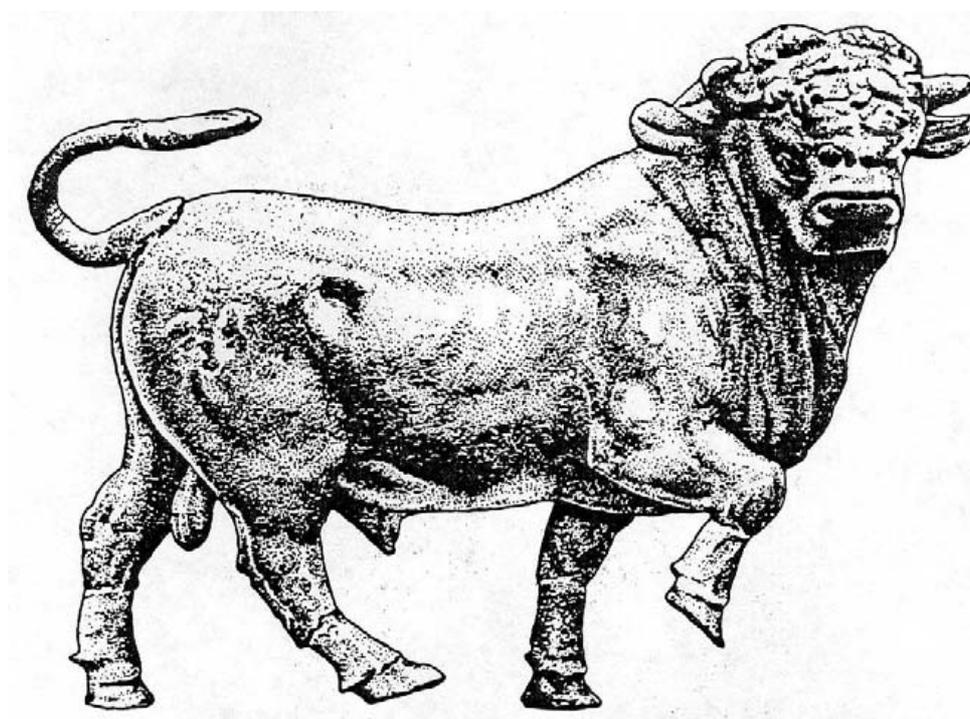


Fig. 3. Toro de bronce procedente de Tréveris, en el Rheinisches Landesmuseum de Bonn (altura 0,073 m.). El tamaño de la reproducción, aproximadamente el natural.

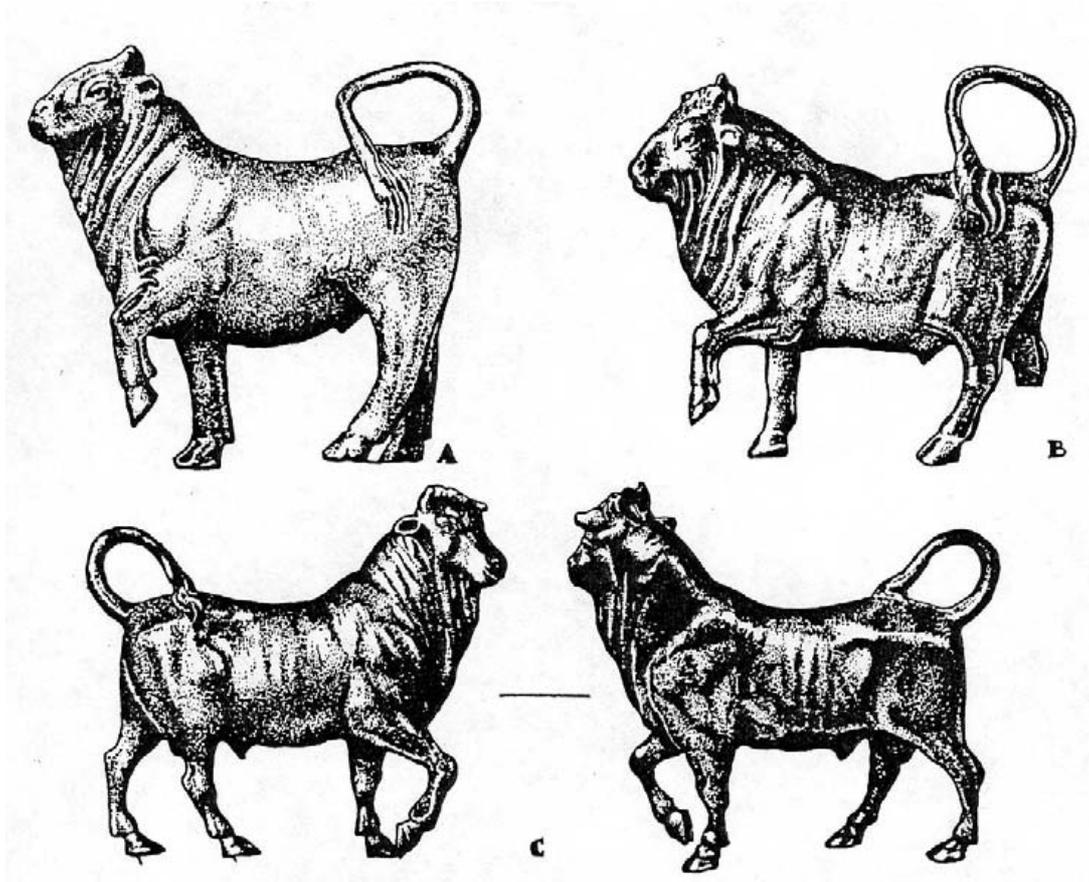


Fig. 4. Ejemplares de Apis. A) Baltimore (USA), Walters Art Gallery (altura 0,063 m.). B) Zürich, Archäologisches Institut der Universität (altura 0,091). C) Biel, colección del Dr. Midwurf (alto 0,09 m.). Se desconoce la procedencia de los tres ejemplares.